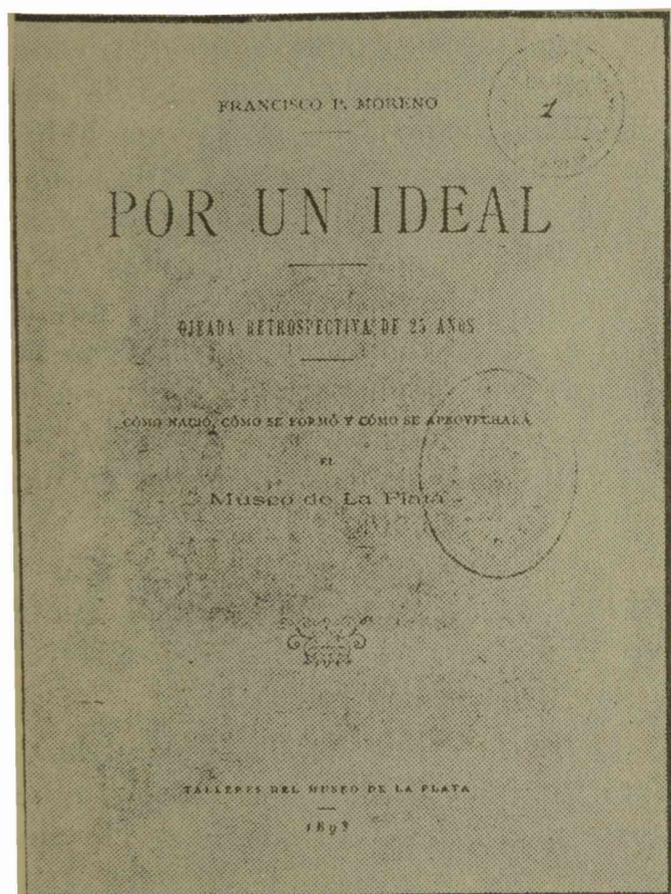


*Carlos Alberto Moncaut*

## UN LIBRO DESCONOCIDO DEL PERITO MORENO



*Portada del libro del Perito Moreno*

**R**EPASANDO la escalera bibliográfica de Francisco P. Moreno, advertimos en ella la falta de un peldaño; es el que corresponde a un libro suyo, publicado en el siglo pasado y aún hoy realmente desconocido. Se trata del que titulara *Por un ideal*, obra de crítica autobiográfica en la que abundan aspectos de su niñez y adolescencia.

Uno de los más sugestivos episodios de la vida íntima del Perito Moreno, ocurre justamente con esta obra. Corre el año 1893 y de la imprenta del Museo de La Plata, con aquella prolijidad que la caracterizaba, salen los primeros pliegos de su última obra, los que entusiasmado lleva a la consideración de su esposa. Cuéntase que tuvo ella un gesto de reproche al advertir que dedicaba su libro a sus hijos, y no a quien fuera su devota colaboradora en todo momento. Moreno, hombre de fuerte personalidad y de carácter decisivo, quedó muy dolorido por esa actitud, y ello bastó para que sin más dispusiera la suspensión de la tirada y él mismo procediera a quemar los originales. No se sabe a ciencia cierta cómo lograron salvarse del fuego los tres primeros pliegos, de los que hoy se conocen la existencia de un solo ejemplar, que se custodia celosamente en la Biblioteca "Perito Francisco P. Moreno" del Servicio Nacional de Parques Nacionales en la Capital Federal (calle Santa Fe 690).

### EL AUTOR

Francisco Pascasio Moreno nació en Buenos Aires el 31 de mayo de 1852.

Descendiente por rama paterna de españoles afincados en nuestras playas desde fines del siglo XVIII. Su madre era hija de un oficial que viniera a la conquista del Río de la Plata, en 1806.

En junio de 1872 un grupo de estudiantes de ingeniería, entre los que se contaba Estanislao Zeballos, Juan Dillon, Félix Rojas, Juan Pirovano y José Suárez, funda la Sociedad Científica Argentina. De esta Sociedad formó parte desde un primer momento Moreno, a quien preocupaba la ignorancia de los argentinos sobre lo que en realidad eran los territorios de la pampa y Patagonia. Desconocíanse sus yacimientos y hasta sus bosques, aguadas y pastos. Es entonces que comienza sus viajes de exploración por nuestro territorio.

En 1873 arriba a Carmen de Patagones y explora el Río Negro. Al año siguiente, conjuntamente con el naturalista Carlos Berg, forma parte de la expedición que el entonces presidente Domingo Faustino Sarmiento envía a Santa Cruz a bordo del bergantín goleta "Rosales", con el objeto de estudiar esa zona en litigio con Chile.

En 1875, ayudado pecuniariamente por la Sociedad Científica Argentina, emprende su tercer viaje de reconocimiento de los ríos Negro y Limay y es el primer naturalista que llega desde el Atlántico hasta la región de los lagos. Pero sigámoslo un poco en su aventura.

En la mañana del 25 de setiembre, sale por tren desde Constitución. Después de recorrer tres kilómetros con una velocidad no mayor que la de un tranvía, el convoy se detuvo sobre la margen del Riachuelo donde empezaba a construirse el puerto de la Capital. Allí descendieron su padre y algunos amigos que lo habían acompañado y Francisco Moreno, ya sólo, debió sin

duda experimentar honda emoción al alejarse de sus seres queridos con rumbo al desierto. Todavía las quintas de recreo daban al paisaje un carácter civilizado; luego algunas plantaciones, caseríos y uno que otro pueblo incipiente. Al llegar a Altamirano, ya cerca del mediodía, el tren se detuvo casi media hora para que el pasaje pudiera almorzar. Los 87 kilómetros que los separaban de Buenos Aires habían sido cubiertos en 3 horas y media. Allí la línea férrea se bifurcaba. Un ramal continuaba hasta Dolores. El otro, proyectado hasta el Azul, sólo llegaba hasta Las Flores. Hasta aquí se trasladó Moreno, y mientras esperaba la salida de la mensajería, en la que habría de continuar su viaje hasta Bahía Blanca, llegaba a aquel pueblo proveniente del Azul y con rumbo a Buenos Aires, un grupo de cautivas libertadas por los indios. Eran devueltas al Gobierno por el cacique Namuncurá en prueba de amistad, no obstante lo cual cobraría por ello una importante suma en concepto de rescate.

Las Flores era por aquellos años el último punto conectado con el mundo civilizado, por los hilos del telégrafo y los rieles del ferrocarril.

Desde la salida de Las Flores, la galera fue internándose por campos abiertos y anegadizos. El pasaje se vio amenizado por una pareja de artistas italianos que iban a incorporarse a un circo en gira por los pueblos de la Provincia y que en aquellos días habían armado su carpa en el caserío del Azul. Ya entrada la noche llegaron a este pueblo. En su viaje anterior, Moreno había hecho de este pueblo su "cuartel general" desde donde se trasladaba a los lugares donde había cementerios indígenas.

Escribe desde allí a su padre, con fecha 27 de setiembre: "Querido viejo:

## Librería de viejo

perfectamente bien llegué anoche a este pueblo para continuar viaje hoy a Bahía Blanca; pero los rumores de invasión que hemos escuchado por aquí han hecho que el mayoral supenda el viaje hasta mañana temprano, lo que me viene muy bien, pues me permite escribirte. Los campos están preciosos habiendo llovido muchísimo anteaayer, y ahora mismo todavía llueve (son las 5 de la tarde). El Azul está lo mismo que antes; lo único que tiene a este pueblo en excitación ¡es la trampa que hubo ayer en las carreras! Un individuo presentó a correr un caballo distinto del que había presentado al hacer la apuesta (este señor es un médico español). Desgraciadamente el pueblo se ocupa en estas zonceras, en vez de tratar siquiera de expulsar a los ladrones de levita. Aquí me tienen fastidiado; como han leído los diarios, a cada rato viene gente a verme y a que les diga por donde voy a andar, sobre todo el que me embroma más es un médico italiano (este pueblo en vez de llamarse Azul debía ser "farmacia" por la abundancia de boticarios y galenos) quien no me deja hacer nada; ayer en cuanto llegué, me convidó a cenar; no acepté. Esta mañana temprano vino a llevarme a almorzar; le dije que tenía mucho que hacer, y ahora, dentro de un momento, vendrá para que le acompañe a comer, y le diré que tengo que observar el barómetro. Esto es peor que estar entre indios; a lo menos me disgusta más."

Ya de regreso de su expedición, y al llegar a Las Flores, sucio, harapien-to, llevando en sus manos la carguita de la montura, corre a la oficina del telégrafo para anticipar desde allí al Ministerio de la Guerra los sucesos que se avecinan, y anunciar a su casa la llegada.

En 1874 emprende el cuarto viaje.

En la goleta "Santa Cruz" explora las nacientes del río homónimo y bautiza a los lagos Argentino y San Martín.

Tres años después lleva a cabo su quinto viaje, por encargo del presidente Avellaneda, para estudiar las riquezas del sur y las posibilidades de colonizarlo e incorporar a los salvajes a la vida civilizada. Remonta el río Negro y llega al Nahuel Huapi. Poco después los indios tehuelches lo aprisionan. El adivino de la tribu lo condena a muerte. Pero consigue escapar y en un par de días y noches febriles construye una balsa en la que, durante seis interminables jornadas, desciende el Collon Cura y el Limay, sembrados de peligrosos saltos, rocas y remolinos. Pero por fin, consigue llegar al fortín "Primera División" desde donde puede reintegrarse a la civilización.

Al fundarse la ciudad de La Plata y trasladarse las autoridades provinciales se resuelve llevar allí las colecciones del Museo Antropológico fundado por Moreno. Y este acepta la misión que se le encomienda de organizar el nuevo Museo de la Provincia. Los arquitectos Heynemann (alemán) y Aberg (sueco) se dieron a la tarea de dirigir la construcción del edificio. Y así fue cómo a la maravilla geométrica de la flamante capital, Francisco Moreno agrega la arquitectura del Museo, al que le da la forma representativa del anillo biológico que "comienza en el misterio y termina en el hombre". Pero no se limita a concebirlo, sino que mientras los arquitectos se encargan de realizar su pensamiento, vive en el museo que es su casa, su sueño, su vida.

Desde 1897 es designado perito en la cuestión de límites con Chile. A Moreno debe nuestra República el rescate de una extensa zona que se creía definitivamente perdida.

En 1906 abandona la dirección del

Museo de La Plata y vuelve a la quinta paterna de Caseros. Abre su casa a los menesterosos. Nacen entonces las Escuelas Patrias. Surgen luego por su iniciativa los Jardines de Infantes de los barrios obreros. En 1918 escribe: "No puedo dormir pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de fuerzas, de recursos y de vida para hacerlo comprender en esta capital tan extranjera para los nativos..."

Está muy pobre. La quinta ya no es suya. En su misión redentora gastó todos sus bienes de fortuna. Va a vivir entonces a una modesta casa, donde en medio de la soledad, escribe: "¡Cuánto quisiera hacer! ¡Cuánto hay que hacer por la patria! Pero, ¿cómo, cómo?; tengo sesenta y seis años y ¡ni un centavo! ¡Cuánto valen los centavos en estos casos!... Yo, que he dado 1.800 leguas a mi patria y el Parque Nacional, donde los hombres de mañana, reposando, adquieran nuevas fuerzas para servirla, no dejo a mis hijos un metro de tierra donde sepultar mis cenizas."

Muere el 22 de noviembre de 1919.

Su ejemplo, su supervivencia espiritual, resultarán perennes, su obra ciclópea, indestructible, y la proyección de su figura, gigantesca. Su nombre ya quedó grabado para siempre en nuestros Andes, desde la Puna hasta las regiones magallánicas, y en las cálidas llanuras del centro de la República como en las heladas mesetas de la Patagonia.

#### EL LIBRO

*Por un ideal.* Ojeada retrospectiva de 25 años/ Cómo nació, cómo se formó y cómo se aprovechará/ el/ Museo de La Plata/ Talleres del Museo de La Plata/ 1893/. (Son 112 páginas im-

presas en 8º, las únicas que se conservan).

En la página 5 incluye su dedicatoria: "A mis hijos".

En la página 7 se inicia el Prefacio en el que Moreno sintetiza el propósito de su obra. Comienza diciendo:

"Cuando termina un año, es costumbre de las sociedades y de los individuos, hacer su balance. Creo que ha llegado para mí el caso de aprovechar esta costumbre y hacer público mi propio balance. Cuando se ha persistido durante 25 años en una idea que se considera útil, hay derecho para exponer cómo se ha desarrollado, cuál es el fin que se persigue y cuánto es lo adelantado hacia ese fin".

Dice más adelante

"El Museo de La Plata es la resultante de los esfuerzos que balanceo hoy, y las páginas que siguen, son, puede decirse, su historia, historia tan íntima ligada a la de mi vida, que no me es posible separarlas".

En prosa ágil y por momentos poética, Moreno nos trasmite su pensamiento y sus inquietudes. Así nos refiere:

"Hace pocos meses que notando fundados los consejos de los médicos tuve que hacer un paréntesis a mi encierro de nueve años dentro de este Museo al que muchos llaman magnífica huesa. Mi energía decaía, y con ella, la confianza en el éxito; y feliz de poder readquirirla, avanzando al mismo tiempo la realización de la idea que sirve, de modo que el descanso mental no fuera tiempo perdido, me desprendí momentáneamente de la abrumadora lucha diaria de La Plata, y salí a trepar montañas. Viajé por altas cimas y por profundos valles por medio de solemnes panoramas, en región que es argentina y donde sin embargo aún no ha flameado el lienzo augusto que tiene los colores de aquel purísimo cielo y de esas nieves immaculadas. En largas marchas, necesariamente muy largas, dado el fin que me proponía al hacerlas, y que no es este mo-

## Librería de viejo

mento de exponer, tuve tiempo de recorrer mi pasado. En aquellas alturas, las mayores que el hombre alcanza con su planta; en el silencio imponente que le rodea; donde no hay más manifestación de la vida que la suya; donde pudiera creerse estar en otro planeta, pude ver lo que no había visto hasta entonces, con claridad el camino recorrido sin cejar desde la niñez hacia un fin que se acercaba. Reposando en tan altos paisajes, pude ver nítida la feliz evolución de la idea esbozada en la infancia, gracias a que un buen padre no contrarió mis tendencias naturales. Comprendí la magnitud de los esfuerzos realizados y tuve entonces entera confianza en la revista de mis fuerzas y en el deber cumplido.

Fecha este prefacio en el Museo de La Plata, el 26 de julio de 1893.

En la página 17 comienza el Capítulo I, que titula "El despertar de una vocación-Nacimiento de mi museo".

Recuerda Moreno en este capítulo, haber oído en su niñez que una tía abuela paterna, señora andariega, visitadora incansable de la larga parentela diseminada en media América Austral, viajaba a principios de ese siglo con un gran cofre donde colocaba cuanto objeto curioso llamara su atención durante sus viajes, tarea fácil entonces, en que la carreta era el único vehículo que usaban las gentes medianamente acomodadas.

Hacia 1863 entra como pupilo en el Colegio de San José. Al respecto nos cuenta lo siguiente:

"Los que allí han escuchado atentos las lecturas en alta voz hechas desde el púlpito del modesto refectorio, terminada la parca cena, en la media oscuridad producida por las lámparas ahumadas, lecturas que se referían las más de las veces a los viajes y a las penurias de los misioneros católicos en países salvajes y misteriosos, comprenderán fácilmente la impresión que producirían en un muchacho de mis inclinaciones.

"Vuelve hoy a la memoria el triste tañido de las campanas de Balvanera llamando a vísperas, y a la visión de cosas

no vistas, pero sentidas a esa hora: los atroces suplicios de sacerdotes en el Japón, el paisaje africano con sus fieras y sus esclavos, la lóbrega noche polar y el helado sudario de los mártires de la ciencia."

En 1866 pasa del Colegio de San José al de la Catedral al Norte, cuyo director, el señor Chanalet, tenía un "museo". Es entonces cuando nace su pasión. Nos lo cuenta así:

"Estábamos en invierno y un lindo día de agosto, nuestro buen padre, gran caminador y que nos dedicaba los domingos, nos llevó a los tres hermanos a Palermo, el viejo Palermo con pintorescos sauces seculares en vez de las actuales palmeras. En el fondo de aquella alameda criolla poco frecuentada, quedaba, próximo al bañado, un resto de pedregullo del Río Uruguay, esparcido durante la época de Rosas y allí fuimos a descansar de la larga jornada efectuada entre polvo, zanjas y pantanos. Poco reposo tomamos; aquel abandonado pedregullo fue para nosotros un tesoro; hicimos amplia selección de rojas cornalinas, de estriadas ágatas y de verdes jaspes, y hasta encontramos algo que bautizamos de "semilla petrificada" y que sólo era el molde interno de las valvas de un molusco terciario. Y a aquel domingo siguieron otros, y la serie de piedras bonitas creció tanto que pronto nos resolvimos a hacer estanterías para contenerlas."

Llegamos al momento en que por primera vez visitará la zona de Chascomús. Don Leonardo Domingo de la Gándara (1785-1856), tío político de Moreno, había adquirido por allá unas 50.000 hectáreas de campo que se extendía desde la laguna Vitel hacia el N.E. hasta llegar a la actual Altamirano. Gándara, que en 1829 había sido Juez de Paz de Chascomús, figura en el 39 entre los patriotas que encabezaron la Revolución del Sur. Allí se salvó providencialmente de ser fusilado. Al año siguiente Rosas embargó su estancia de Vitel, y debió emigrar a Río

de Janeiro donde permaneció hasta 1843. Después de Caseros ocupó nuevamente el Juzgado de Paz de Chascomús. Ante el temor de que Rosas le expropiara todos sus bienes, tuvo conocimiento de que alquilando sus propiedades a ingleses, se allanarían sus dificultades. Casualmente parece ser que la familia de Moreno le recomendó a la familia Hudson. Daniel Hudson, padre de Guillermo Enrique, decidió entonces tomar la casa de "Las Acacias", en 1846. A ese mismo lugar va Moreno 22 años después.

De sus estadas en Chascomús, cuenta Moreno:

"En aquella época hice mis primeras excursiones a la laguna Vitel perteneciente a personas de la familia, las que interesándose en mi curiosa afición por los restos de antediluvianos que allí se encontraban, me procuraron los elementos para que fueran fructuosas las primeras exploraciones del imitador de la tía abuela".

"Parte de una caparazón de gliptodonte que era usada como bañadero en la costa del arroyo Vitel, fue el primer fósil que extraje del limo rojo de la pampa. ¡Cuánto entusiasmo en la excavación y qué cuidados para transportar tan preciosa reliquia de épocas que a juzgar por lo que decía el Dr. Burmeister, estaban separadas de la nuestra por muchos miles de años!"

En 1870 se mudan de casa. "La Tribuna" empieza a publicar las cartas del coronel Lucio V. Mansilla sobre su excursión a los indios ranqueles. Ya había agregado una biblioteca al Museo y no pocas obras raras americanas había adquirido en la "Librería del Plata" y en la de "Casavalle", que las tenían buenas y baratísimas. El relato del coronel Mansilla despierta sobre todo enormemente su interés por la contemporaneidad.

Llegamos a 1871 y con éste hace su aparición la fiebre amarilla. La fami-

lia emigra nuevamente a Vitel, y es entonces cuando nos refiere Moreno:

"Allí recorrí las orillas de la extensa laguna y los arroyos vecinos. Desde Chascomús hasta las fuentes del Arroyo Vitel, no dejé de examinar toscas y barrancas. Con un carrito de pértigo, manejado por mi hermano Eduardo, y con algunos peones de la misma edad, que ganaban cinco pesos moneda corriente al día, caminaba leguas y leguas en busca de los fósiles.

"El hallazgo de una caparazón de gliptodonte arrancaba luego con cuchillos y cortaplumas, compensaba muchas fatigas y solazos. Entre los buenos recuerdos de la adolescencia tengo el de las retiradas del trabajo, a pie, embarrado y sediento al lado del carrito, vigilando al carrero y a sus compañeros, los que con frecuencia, descomponían la carga para hacer rabiar al "fósil" como me llamaban.

"Pasada la epidemia regresamos a Buenos Aires, trayendo yo un verdadero cargamento.

"Por lo regular, una vez al mes emprendía viaje a Vitel, donde en dos días hacía cosecha más o menos valiosa."

En la página 59 comienza al Capítulo II que titula: "Primer viaje al Río Negro - El Museo Moreno - Santa Cruz - Primera visita a Nahuel Huapi".

Habíase propuesto Moreno estudiar el tipo de hombres que poblaron el Valle del Río Negro antes del dominio de los españoles, y resuelve entonces iniciar sus excursiones por allí. En abril de 1873 llega a Carmen de Patagones. Obtiene como resultado de su viaje, 60 cráneos y 1.200 sílex tallados. Su cosecha lo vincula con sabios de la época que lo alientan en sus inclinaciones (Van Beneden, Broca, Quatrefages, Topinard, Virchow).

La cuestión de límites con Chile se agitaba cada día más; ya las pretensiones de éste se extendían a toda la Patagonia. Fue entonces cuando el gobierno de la Nación resolvió enviar de estación a Santa Cruz al bergantín

## Librería de viejo

goleta de la Armada Nacional "Rosales" (agosto de 1874) y obtiene permiso para embarcarse en él. De regreso habrá de dirigirse a Entre Ríos, volverá una vez más a Vitel y alcanzará la Blanca Grande, más afuera del Azul; allí oirá:

"por primera vez en la pampa el tristísimo toque de silencio ordenando descanso a los que con el arma al brazo, alertas siempre, vigilaban la misteriosa llanura de horizonte marino, y la alegre diana que en aquellas soledades, cruzadas solo por el indio tras el avestruz, el novillo, la cautiva, tranquilizaba al ganadero temeroso del malón."

Dirá entonces:

"aquella llanura sin fin, aquel misterio me impresionaron de tal manera y ejercieron tal atracción sobre mí que ya de regreso en el Azul resolví penetrar en esas tierras, averiguar lo que encerraban y vivir en el medio salvaje que encontró Mansilla entre los Ranqueles."

Refiere luego los pormenores de su excursión de 1875. En un pasaje de sus memorias respecto a este viaje, dice:

"El mayoral de la mensajería, Calderón, me decía, refiriéndose a mis proyectos: —"No vaya amigo, lo van a matar los chinos—; pero cuando se tienen veinte años y amor por una idea, las dificultades, los malos pronósticos son siempre un aliciente para no cejar en ella. No me impresionaban las escasas poblaciones foseadas, sus habitantes armados, con el ganado paciando bajo sus fuegos, ni escuchaba sus relatos verídicos y sus consejos; había que ir adelante."

"La mensajería cruza hoy allí sin temor al saqueo y al degüello ... ¿qué se habrán hecho las cruces que vimos, a veces en grupos, en aquel camino?; recuerdo aún las ropas ensangrentadas de los troperos que asesinó Pichún, días después de mi paso por Romero Grande, y que encontré en aquel temible paraje a mi vuelta de Nahuel Huapi!"

En otro pasaje cuenta:

"A fines de noviembre nos despedimos de la civilización y empezaron las

largas marchas siguiendo el hermoso valle, despoblado en esa época y donde no había más ruidos que los que producía el pampero sacudiendo los blancos penachos de las pajas bravas y el lánguido ramaje de los sauces, o las aguas del ancho río al trepar alborotadas sobre los raigones arrastrados por pasadas avenidas. Murmullos del desierto éstos, sofocados a nuestro paso por la alegre gritería de indiada amiga, que con nosotros viajó varios días hasta Chichinal, hoy General Roca.

Quería Moreno ver al indio salvaje en ese medio, lejos de la civilización, y vivir en su tienda para darse cuenta exacta de las primeras etapas de la sociabilidad humana, y recoger en esa fuente ya casi agotada, entre las tribus próximas a desaparecer, documentos que sólo conocía de oídas y que no le bastaban en sus propósitos.

Los indios defendían celosamente el secreto de los pasos por la Cordillera. Sabían muy bien que el blanco, en poder de su conocimiento, podría fácilmente dominarlos, sobre todo dada la nueva arma de que disponían, y de la que ya tenían noticias. El poder del Remington, usado en la revolución de 1874, en la que actuaron las indiadas de Catriel, les era conocido y de sus estragos habían llegado terroríficas noticias hasta el dominio de las Manzanos.

Evoca con emoción las luchas de siglos entre los indios (los dueños de la tierra) y los españoles, que trataban de despojarlos de ellas.

Pero su gran optimismo se veía a veces ensombrecido por consideraciones como ésta:

"qué desesepación se apodera del que apartancó la máscara de la mentada "grandeza nacional", velo dorado que cubre la pobre patria al que cualquier desprecupado arranca un girón, ve el descarnado porvenir que nos espera si no reaccionamos de la atonía que consume al cosmopolitismo que nos absorbe y que no detenemos por pereza en nuestra misma

decadencia. Mi pesimismo estaba en la verdad; doce años han transcurrido desde que el cacique Nancucho fue muerto defendiendo el suelo en que nació, desde que con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril, utilizable, y desde esa fecha apenas tenemos uno que otro dato geográfico nuevo como resultado del paso de las columnas militares expedicionarias a Nahuel Huapi. La geografía de aquellos territorios está aún por hacerse, pero ya tiene propietarios. Concesiones dadas a granel; cientos de leguas a veces en poder de un solo afortunado: "Para qué sirven aquellas tierras", es la frase consagrada que en no pocas ocasiones hemos oído a no pocos de los que tienen en sus manos la fortuna de la patria."

En las páginas que siguen narra las alternativas de su viaje al Nahuel Huapi, durante el que gustará de las manzanas, las frutillas dulces y los piñones salvajes.

En la página 107 se inicia el capítulo III que quedaría inconcluso. Lo titula "Calefú - Regreso a Buenos Aires - La invasión".

La parte que llegó a imprimirse está dedicada a la descripción de su estada en los toldos de Shaiuequé, en Calefú. Con su fluida prosa pinta al cacique Chacayal, suegro de Shaiuequé, como hombre de no fiarse. Da entonces detalles de una ceremonia alrededor de un gran peñasco —totem— con motivo de las fiestas mapuches que se realizan en ese mes de enero. Pasa luego a describir, con detalle fotográfico, a la curiosa hechicera:

"Mucho examiné a la hermosa india, durante la ceremonia. Sus joyas lucientes, sobre el fondo oscuro de sus mantas, la elegante redecilla de cuentas de vidrio y de plata, su ancho tirador de virgen, los collares y grandes aros, y los adornos colgantes de sus largas trenzas, quizás postizas, lo que no es raro entre las indias, y más que todo sus hermosísimas botas de garra de león, cubiertas de placas semiesféricas de plata, eran dignas de la mayor atención para el etnógrafo.

"Esas joyas, obra de plateros indígenas, tenían tanto parecido con algunas descubiertas en las sepulturas de la edad del bronce, y la primera del hierro, en la Europa Occidental y en el Cáucaso, que me permitían formarme una idea de la moda de aquellos tiempos remotos. Esta antología de formas es otro de los tantos misterios que esconde aún esta América y en los catálogos ilustrados que preparamos, de las series etnográficas del Museo, haremos notar más de una que serán causa de asombro. Mucho/".

Y aquí (con la palabra *Mucho*) termina el libro, trunco por la decisión de Moreno de suspender su impresión. Lástima grande es que nos haya privado de su continuidad; pero también es gran suerte que se haya salvado la mayor parte de la obra —una copia de la cual poseo en mi poder—; que sin duda alguna merecería su reimpresión y su divulgación, ya que constituye un valiente documento demostrativo del espíritu y carácter de Moreno, y del medio en que le tocó vivir, y que pone al descubierto, facetas ignoradas de su fuerte personalidad.